TIERRA DE AGUILAS

POR

EUGENIO ORREGO VICUÑA

Editorial
Robert
Barrington
MCMXXIX

EUGENIO ORREGO VICUNA

Tierra de Águilas

UN SUD AMERICANO
EN LA
U. R. S. S.

ROBERT BARRINGTON
BUENOS AIRES SANTIAGO
M C M X X I X

"CANTO a la humanidad,
servicio de la humanidad,
defensa de la humanidad.
Orientar, romper murallas,
despejar las rutas, abrir ventanas al horizonte y presentir, en el crepúsculo, los paisajes que habrán de iluminar las nuevas auroras!

Hacer que nazcan alas. Horadar el límite con un solo gesto grande y apasionado. Clavar con obstinación los ojos más allá del tiempo.

¡Más allá!!"

ADRIAN: "LOS MOTIVOS"

Visité la Unión de Repúblicas Socialistas Sovietistas sin prejuicios favorables o adversos. En ella procuré observar desapasionado, y en tal espíritu mis ojos intentaron adentrarse en las ciudades, en los hechos, y acaso un poco también, en las almas. Eso me privará de las simpatías de burgueses y comunistas, que así suele ocurrir cuando se persigue la verdad—la verdad que a nadie castiga ni halaga totalmente.

En este libro quedan reunidas las impresiones de un viajero que ha creído siempre que las pasiones de los hombres y los movimientos de los pueblos deben ser apreciados con ojos puramente humanos. Tal juzgamos a la naturaleza, sin curarnos de que el hombre está incorporado a ella como el alma al paisaje. La ley inmutable que preside los destinos de las hojas, de las aguas, y el milagroso juego de auroras y crepúsculos se cumple en nosotros: nacemos, ebullimos, pasamos: ebullimos aún y tornamos a nacer...

¿Por qué cifremos tanto orgullo en nuestra vida y en nuestra obra si ellas han de correr la suerte de todo lo que fué escrito sobre el mar? ¿Por qué apasionarnos contra aquello que hiere nuestros intereses y privilegios si del aparente daño ha de brotar luz..?

Yo quisiera que mis amigos mirasen a Rusia con curiosidad abierta y sin amarguras.. Yo quisiera que comprendiesen que nada es eterno y que la naturaleza busca incesantemente caminos de perfección.. Un imperioso mandato nos crifica a la ley del progreso, y esa ley hace que nuestro espíritu se apague, que nuestros cuerpos declinen para que ocupe ga a reemplazarnos un nuevo espíritu engastado en la belleza de una nueva juventud. Tal es el duro sino que para cada generación se renueva...

Sin embargo, una lección enorme deberá recogerse y una divina certidumbre cicatrizará las heridas del camino: La Humanidad marcha, ningún dolor fué inútil ni estéril ningún sacrificio..

La Voz de orden emanada de las fuerzas desconocidas o de los dioses sin nombre es: superar, perfeccionar, pasar

Indice

	Págs.
Sean inscritos en esta primera página	IX
"Canto a la humanidad	XI
Visité la Unión de Repúblicas Socialistas	XIII
Cierta mañana en Tokyo	1
En la Embajada Soviética de Pekín	7
Harbin, ciudad chino-rusa	11
En la estación de Harbin	15
Hacia Manchuli	17
La frontera soviética	19
Una noche, un día	23
A orillas del lago Baikal	27
Un cementerio en la nieve	29
El día del Soviet en el Transiberiano	31
En la estepa	35
El confín de Asia	41
Yekaterimburg, la ciudad en que murieron los zares	43
En Moscú	55
Un campesino tolstoyano	59
El culto de Lenin	63

	Págs.
La Academia Comunista	
El palacio de Ostanquino	67
Una representación en el Teatro Meyerhold	75
La casa de León Tolstoy	81
En la tumba de Lenin	89
Una maternidad obrera	93
Museos de Moscú	105
I Galerías, museos sociales y exposiciones de arte	
Elección en el Club de los Sindicatos de Consumo	109
La Blusa Azul	117
Museos de Moscú	121
II Los museos de la Revolución	
San Basilio	125
Por las calles de Moscú	131
Museos de Moscú	135
III La muchacha de la sonrisa	
La Bruja salta escaleras	137
Museos de Moscú	141
IV La Casa de los Boyardos	
La caída de Trotsky	143
Un hidalgo comunista	147
I Donde Illanes habla de su vida	
II Illanes continúa hablando de su vida	157
El Museo del Teatro	163
I Las colecciones de maquetes y las danzarinas	
II Zapatillas de baile	169
III Historia de un burgués	173
IV Manuscritos y recuerdos	175
V En donde actúan los muñecos	179
El camarada Alonso, buen muchacho	183
De Moscú a Leningrado	189
Un periodista, un reportaje y un paraguas	193
Leningrado	199
La fortaleza de Pedro y Pablo	205
Ballet ruso en el Teatro Marinsky	215
Mujeres en l'Hermitage	219
	223

	Págs.
Tzarskoie-selo	
I La Aldea de Catalina	227
II Las habitaciones de los zares	237
Una sesión plenaria en el Soviet de Leningrado	247
Putilof Rojo	253
Canciones de muchachos en Putilof	255
En el palacio Yusupof	257
Lunacharsky, Bedensky y la inmortalidad del alma	265
Evocaciones familiares	273
El peón, el hombre de las manos blancas y Turguenef	279
Entre los autores moscovitas	285
Diálogo en el Teatro Kamerny	289
Nitchevo	291
El entierro de Krasnin	295
Campanas de Moscú	299
Cae nieve	303
Hacia Stolpce	305
Algunas erratas importantes	313
Indice	315

Imprenta CHILE FILM, Matucana 27 — Santiago.

EL CULTO DE LENIN

DESPUES de residir algunos días en la metrópoli roja y de conocer sus calles y sus principales edificios públicos, puede apreciarse en toda su significación externa el culto de Lenin. Muerto el grande hombre sus partidarios y discípulos imaginaron, hábilmente, aprovechar las fuerzas de fanatismo y fetichismo latentes en el pueblo ruso, constituyendo en memoria del fundador de la Unión Soviética un culto religioso que tendría sus sacerdotes laicos y sus predicadores exaltados. La base estaba y no era menester de gran esfuerzo para hacerla fructificar en el corazón de las masas, que comprendían todo el milagro de abnegación y de amor a los proletarios y a los desposeídos de la tierra que había sido la vida íntegra de Lenin y así el culto nació, y echó raíces y fructificó aún más poderosamente de lo imaginado por los directores del partido comunista. Lenin pasó a ser un semi dios humanizado y los rusos vieron en él al hombre providencial que había destruído, en favor de ellos, las injusticias del mundo antiguo.

El culto se exteriorizó en imágenes, retratos, insignias, pinturas, bustos y estatuas de todo tamaño y calidad. desde el plomo o el latón al bronce y al mármol. Grandes monumentos se elevaron en memoria suya y la efigie del reformador floreció en todos los límites del antiguo imperio, poblando las ciudades, los grandes centros urbanos e industriales, las aldeas y hasta los campos más apartados.

En Moscú se encuentran estatuas de cuerpo entero de Lenin en actitud de arengar a las masas, y en cada edificio importante—comisariados, universidades, escuelas, hospitales, clubs, teatros—se alzan monumentos de tamaño natural, amén de retratos al óleo, de fotografías y grabados de todo género. Este culto pictórico y escultórico llega a convertirse en obsesión. En todas partes revive Lenin, como para recordar a cada obrero los destinos que su voluntad de hierro le asignara y que habrán de llevarlo a esa ciudad prometida, de cuya plenitud han hablado los reformadores o los fundadores en el pórtico de cada culto.

El pueblo responde ciegamente al de Lenin y su fanatismo no tardará en forjar de él una leyenda asombrosa que, puede decirse con justicia, no sabrá ser más bella que la propia realidad.

El culto de Lenin tiene también sus ceremonias y no es posible faltar a ellas sin incurrir en desacato. Illanes, por ejemplo, echaba humo cierto día ante alguna de sus estatuas y un obrero, soplándole el cigarrillo, le advirtió en tono violento: "Camarada, ¿cómo te atreves a fumar delante de Lenin?".

He preguntado por qué motivo se procuraba simbolizar en una sola figura la doctrina que, por excelencia entre cuantas ha discurrido hasta hoy el genio de los hombres, sacrifica la individualidad en aras de la sociedad, dando al colectivismo, sin menoscabar los justos derechos humanos—hablo del régimen socialista, no del transitorio de dictadura proletaria—el primer sitio, que es de absoluta supremacía. "El pueblo ruso es esencialmente fanático, me respondieron, adoraba las imágenes religiosas, besaba el suelo ante los iconos y llamaba al zar *padrecito*. No debe existir para él, hoy día, más padrecito que Lenin. Es menester desasnarlo en consecuencia, y con tal fin procuramos reemplazar los iconos por los lenines".

LA ACADEMIA COMUNISTA

LA Academia Comunista de Moscú, centro de la enseñanza leniniana, es en cierto modo el foco científico del comunismo y el laboratorio de experiencias materialistas en que éste parece buscar sus fundamentos. Allí llegan los adeptos del marxismo universal, en demanda de orientaciones, y en sus aulas se forman los predicadores del credo soviético, predicadores que tienen, en esta hora avanzada de una civilización que comienza a derrumbarse, entusiasmos y ardores místicos como en los tiempos de Ignacio de Loyola. Y es que para sembrar ideas se requiere una poderosa fuerza de auto-sugestión.

Las características de las épocas se repiten, describiendo una curvatura mayor, a medida que las civilizaciones avanzan en círculos más amplios de cultura humana. La onda socialista que culminó en Lenin no es nueva, pero jamás alcanzó una mayor amplitud ni nunca antes tocó tan de cerca el corazón de las masas; a todo ello contribuyen por manera principalísima los fac-

tores modernos del progreso mecánico y de la facilidad cada día mayor de comunicaciones, como también la difusión de las ideas por el libro, la prensa y la prédica oral transmitida a grandes distancias y a auditorios que no cesan de acrecentarse. Ya la historia de Roma nos habla de movimientos societarios repetidos en forma periódica y, sin necesidad de referirnos a las misiones de los jesuitas en el Paraguay, la civilización incásica registraba un orden social no lejano del comunismo. Este nuevo estallido, en forma de marxismo, es el producto de una etapa infinitamente más avanzada, en que se buscó la estrecha colaboración de factores científicos y humanos.

Cierto sociólogo ruso, muy reputado, cree que la humanidad atraviesa ahora por la noche de una nueva Edad Media, condición de la mencionada etapa, y algunas características podrían enunciarse en ayuda de tal hipótesis, mas, en todo caso, por las explosiones de violencias colectivas nacidas de la gran guerra, por la tendencia dictatorial y autocrática dominante al comenzar el período de transición que vivimos, el mundo moderno evoca, en cierto modo, la época caótica, grandiosa y sombría que precedió al Renacimiento.

Estamos en el declinio de la civilización que nos amamantó y cuyas complejidades culminaron en Estados Unidos, que será su núcleo más inteligente y representativo. Una nueva era ha comenzado. De ella brotarán mañana los nuevos caminos del mundo.

En la Academia Comunista nos atiende el Director, obrero joven y cordial que habla de la burguesía

con cierta timidez; no hay acritud en sus palabras candorosas. Todo lo nuevo, parecen decir sus ojos azules empapados en fervor místico, es bueno y camina hacia lo mejor. En tanto el pasado . . . Pero los hombres olvidan que el presente existe porque el pasado lo fué generando. También los hombres de mañana sentirán el prestigio de lo nuevo.

Visitamos bibliotecas pobladas, librerías que dirigen manos femeninas—las mujeres tienen papel importantísimo en la burocracia bolchevique—; tras los anaqueles se apretan volúmenes de literatura socialista de todos los pueblos, en todos los idiomas. Es el núcleo alrededor del cual se forman las escuelas y se orientan las predicaciones. Salas de conferencias, aulas íntimas; allí, en cursos científicos, filosóficos o doctrinarios, se incuban las fuerzas que en un futuro cercano intentarán extender el comunismo por el mundo. Discípulos de todas las razas escuchan a maestros que hablan todas las lenguas y procuran formar prosélitos y cruzados de una religión sin altares, cuya finalidad última ha de ser la de elevar al hombre al nivel de los dioses. La suma de bien y de mal, de grandeza y miseria, de sombra y de luz, que ha de formarse aquí, escapa a las previsiones posibles. Sin embargo—a pesar de la sangre, del dolor, de las injusticias y crímenes inevitables—parécceme que el total arrojará luz, deslumbradora luz de amanecer después de la noche tibia y perfumada en que los gritos de agonía, las imprecaciones y las blasfemias se mezclaban al dulce bienestar de los felices.

Me conducen al laboratorio de experiencias bioló-

gicas—situado en el contiguo palacio del Príncipe Galitzine, que ocupara Napoleón en 1812,— laboratorio que es el cerebro y la base esencial de esta universidad cuyas directivas tienden a establecer relaciones entre la ciencia sociológica y la biología, todo ello subordinado al fundamento de las ideas que desarrolla el marxismo científico, según las cuales la explicación de los fenómenos político-sociales ha de buscarse en el materialismo histórico. Para un marxista nada hay que se salga del marco del más puro materialismo, con lo que deja de lado, consecuencialmente, toda teoría que trate de armonizar los enunciados científicos con los de la metafísica.

En el concepto marxista la influencia del medio es determinante de la vida del individuo y, en razón de ello, de la vida de las colectividades. "Nuestras experiencias —habla el profesor Gevesicof, pequeño, atento, con afabilidad de hombre de ciencia en contacto de neófitos— nuestras experiencias de las *reflexiones condicionales* es la demostración palmaria de que no existe el espíritu separado de la materia, que es precisamente la conclusión a que arriban las teorías de Pablof, uno de nuestros sabios eminentes".

Gevesicof charla, agitando suavemente las manos sobre el blanco delantal de trabajo. Su voz, de inflexiones blandas, parece solicitarnos permiso para arremeter contra las ideas anteriores, contra todo principio de espiritualidad, y es curioso advertir cómo esa voz tímida y cortés puede tan tranquila y con tan evidente convicción vapulear las más secretas ilusiones de los hombres. Una

fuerza interior habla a las almas y pide para la vida prolongación que suponga saciar, en alguna fuente ignota, la sed de los sueños nunca realizados, de las justicias que vanamente buscamos entre comienzo y final de jornada, pero la voz de Gevesicof habla de la inanidad de las cosas y sonrientemente señala un camino que las colectividades humanas, aun sabiéndolo justo, recorrerán sin desamparar del todo su esperanza.

La ideología societaria combate los prejuicios, y en razón de ello las barreras sexuales, las barreras sociales, las barreras raciales, y las barreras políticas comienzan a bambolearse. Caerán. Pero, ¿esta barrera espiritual tras de la que nada definitivo se divisa, porque la ciencia física y la fisiología, como todo lo que atañe al conocimiento de los hombres, tiene también un límite? Los hombres nuevos arremeten con ardor, místicamente—los místicos son los más apasionados—contra esa intangible barrera que yergue la más dolorosa de las interrogaciones que jamás haya turbado a las almas.

Gevesicof me conduce a través de los gabinetes en que trabajan médicos y alumnos. Aquí una mujer bonita tritura un trozo de cerebro humano como quien muele maíz; otra pesa en aparato de precisión partículas casi invisibles; un muchacho pelirrojo anota, clasifica, corrige. Más allá, en su jaula, un mono tiende en el vacío una pata y pasea por la sala la inútil mirada de sus ojos; se le ha sometido a la experiencia de la luz, extrayéndosele del cerebro una porción que corresponde a la región occipital sin que dejase por eso de vivir, más la fuerza visual ha quedado disminuída en un se-

tenta por ciento, con lo que solamente puede distinguir lo claro de lo obscuro. La inútil mirada y la pata tendida en el vacío son un símbolo. Es necesario el dolor que nos conmueve hasta las entrañas para caminar hacia la luz.

En el fondo de la galería hay perros que han sido utilizados y otros esperan su turno. El materialismo científico aducirá nuevas razones. "Tomemos un perro primeramente, dice la voz amable, y luego un mono, que es el animal más próximo al hombre, y si después de haberles sometido a nuestras experiencias, haciéndoles pasar bajo la influencia de agentes exteriores como el olor, el sonido o el color, les extraemos el cerebro, observaremos que el efecto de esos factores se ha localizado en partes diferentes. Si tomamos el cerebro de un animal en estado normal y luego el de otro narcotizado, encontraremos que difiere la composición química de los cerebros respectivos".

Sutiles diferenciaciones, sutiles razonamientos. La ciencia, a fuerza de pruebas y contra-pruebas, ha de afirmarnos un día que somos apariencias condensadas en materia o en sombra de materia. ¿Somos más, en verdad podemos aspirar a creernos algo más que el humo que escapa de las chimeneas de las fábricas, en que trabajan los obreros de Moscú?

Y sin embargo yo no sé de un instinto más humano que aquel que busca la prolongación de la vida aun cuando a la propia vida renuncie. Es el ansia más fuerte. La ciencia que todo lo fundamental y lo accesorio ha revolucionado, aun ha de revolucionar maravillosa-

mente los hechos, los cuerpos y las almas, pero en el último día del mundo el último hombre, frente a la muerte inevitable, alzará los brazos en una tremenda ansia de perpetuación y su pensamiento postrero acaso no será negativo.

Más cerca de la verdad están los que no afirman ni niegan, porque ¿de cuáles hechos, de qué certidumbres podemos sentirnos definitivamente confesos?

Yo hablo de los que buscan un camino, pues los que encontraron *su verdad*—en la afirmación o en la negación—han de guardarla bajo setenta veces siete llaves.

EN LA TUMBA DE LENIN

EN el corazón de Moscú, en esa Plaza Roja cuyo nombre fué muy anterior al comunismo y donde solían los representantes del zar ahorcar a los rebeldes, conjuntamente con asesinos y ladrones, mirando de costado a la catedral de San Basilio que es uno de los más originales monumentos arquitectónicos de Rusia, y a espaldas del Kremlin, fortaleza y palacio a un tiempo, que habitaron los primeros autócratas hasta Pedro el Grande, y centro hoy de los órganos ejecutivos del gobierno obrero y campesino, se alza el mausoleo de Lenin.

Es un pequeño monumento de madera que quiere tener relieve de modernísimo arte soviético, con líneas simplicistas y formas achatadas. Sólo tiene de bello, su exterior, el afán de empequeñecerse y de incrustarse en la tierra, como si ésta cediese al peso del hombre cuyo cuerpo guarda.

Varios soldados rojos hacen centinela en el jardín que rodea el monumento y se pasean, dando golpes en el suelo, para ahuyentar el intenso hielo que hace.

Ante la puerta evoco la tumba del Soldado Desconocido, bajo el Arco de Triunfo de la Estrella, en París, y pienso que allí, con menos pompa, como conviene a leaders caídos en defensa de la causa comunista, que, en las paredes de la fortaleza o al pie mismo, en ese jardín, reposan, los bolcheviques llevarán un día, al lado de su caudillo, al Obrero Desconocido. El Obrero Desconocido de Moscú se sentirá, entonces, solidario como nunca del Soldado Desconocido de París, y su calidad de gloria será idéntica porque cuando se ha caído sustentando un ideal grande o equivocado—el heroísmo es un largo ideal en acción, sin fronteras ni nacionalidades—de poco sirven las estrechas diferenciaciones de los hombres.

Illanes olvidó el pase al "camarada Orrego Vicuña", de Sud-América, que me permitirá el acceso a Lenin, y tarda en llegar a su casa, a donde en izvostky fuera a buscarlo. El frío arrecia, comienzo a golpear el suelo como los guardias, en tanto veo desfilar, en peregrinación al santuario leniniano, campesinos, gente del pueblo, obreros, niños, marineros rojos, soldados de salida . . .

Illanes llega por fin y nos metemos en la fila móvil y silenciosa que va engrosando continuamente. Avanzamos. Soldados en el interior presentan armas; se desciende a la cripta subterránea, y al primer golpe de vista se percibe el propósito de herir las imaginaciones con un espectáculo impresionante. Paredes pintadas de ocre limitan el recinto no muy espacioso; al centro se alza la urna en que reposa el fundador soviético, iluminada por reflectores rojos que hacen imponente y fantástica

su visión, puesta en mayor relieve por el homenaje de los soldados que, inmóviles, en los cuatro ángulos presentan armas.

La columna de peregrinos va desfilando por los costados, a un paso de la urna. Bajo los cristales que la cubren, apoyada la cabeza en un almohadón de seda roja, vestido con uniforme de oficial del ejército rojo, las manos juntas sobre el pecho, descansando en posición natural, los pies bajo un paño de roja seda, reposa—duerme fuera el término justo, que pronto a despertar de un sueño parece—Wladimiro Ilych Ulianov, llamado Nicolás Lenin.

Duerme, dicen voces a mi lado. Yo lo contemplo con emoción, intentando fijar en mis recuerdos su fisonomía de rasgos eslavos, sus pómulos salientes que acusan un primitivo origen mongólico, su afilada nariz, la amplia frente despejada, la cabeza calva que conserva, como en orla, escaso pelo rubio. Rasgos definidos. El secreto de la gestación de un mundo se ha momificado allí.

Desfilan los obreros, conteniendo la emoción que delatan sus rostros, y al alejarse tornan los ojos, como para mirarlo mayor tiempo. Ahí está y toda su vida reflejada.

Hombre de extraños destinos. Nació para renovar. Vivió casi toda su vida en larga preparación, en terrible batallar que no supo de las treguas ni conoció el desaliento. Llegada la hora realizó su obra y partió. Evoco su vida. Toda ella pasa instantánea por mi imaginación Lo veo adolescente—en un retrato hoy popularizado—;

las finas facciones revelan ya los rasgos del hombre energético y audaz. En esa hora de la vida en que las ideas comienzan a fijarse y se va imperceptiblemente marcando la línea de la acción, un acontecimiento dramático decidió de su destino: la justicia zarista había hecho ahorcar a su hermano mayor, a raíz de un complot contra Alejandro III, y esa visión del hermano ejecutado debió grabarse para siempre en su retina. Desde ese momento, Lenin, comprendiendo donde estaba su camino, lo siguió sin dudar, sin pararse ante un sólo minuto de cobardía; en él encontramos la decisión de los gestadores, de los misticos, de los grandes conductores de pueblos, que de unos y otros se ha de tener en la seducción de colectividades que es la trama necesaria en que se teje toda fuerte acción pública.

Nada lo detendrá, ninguna fuerza humana podría torcer su voluntad. Sabe a dónde van sus pasos, prepara y fortalece sus doctrinas, estudia las posibilidades sobreponiéndose a las ardorosas premuras que restan serenidad pero que se suplen, en él, con la visión sociológica de los tiempos, visión que su genio hace potentísima.

La lucha, lucha a muerte, ha de agotar no las fuerzas de un hombre sino de muchos hombres, pero no importa—Zinovief dirá más tarde que individuos de su temple se producen cada cuatro o cinco siglos—hay una tal cantidad de energía, de dinamismo, almacenados en su cerebro, que la máquina podrá funcionar largo tiempo sin gastarse. Funciona, ¡y de qué modo! Destierros, persecuciones, Siberia, el extranjero, la miseria fuera y el terror blanco en su patria—así se engendrará el futu-

ro terror rojo; es una ley fatal: la violencia atrae y provoca, pronto o tarde, la violencia—En Alemania estudia a Marx y a Ensgel, apóstoles oficiales del comunismo; en Zuiza colabora con M. N. Krouspkaya, su mujer, en un periódico; funda después otro, pasa Francia, trabaja en Londres. . . La guerra lo sorprende en Zuiza y allí permanece en acecho hasta 1917, pues presiente que el imperialismo agresivo que, privado de estadistas y de previsión, desencadenara el conflicto mundial, va a hacer crisis después de la guerra o en medio de ésta, cuando los ejércitos estén agotados y exhaustos los hombres con las fatigas de una lucha que no tendrá esperanzas, ni justificación, ni compensaciones,— ¿cómo compensar las juventudes asesinadas en uno y otro campo, en la guerra más infame que han visto los tiempos?

Las previsiones se realizan. Rusia está aniquilada, sus ejércitos vencidos en todos los frentes, y el gobierno amontona inepcia sobre inepcia a la somba de un burocratismo corrompido y de una oligarquía que negociaba hasta con la defensa nacional. Faltan las municiones, los alimentos no pueden movilizarse en fuerza de los peculados y de la desorganización reinante. Viene el hambre y con el hambre los motines; las tropas están ahitas de sufrir y en sus filas, corroídas ya por la propaganda comunista, se abre paso el espíritu de rebelión. Así se incuban los motines de Marzo de 1917 que en dos días se transforman en revolución armada, dando en tierra con el Imperio y hundiendo un régimen que caía como fruto pu-trefacto.

Es el momento. Lenin regresa a través de Alemania,

acompañado de otros dirigentes maximalistas, en un vagón que sido sellado por el gobierno del Kaiser. No bien se detiene el tren en Petrogrado salta a tierra y, encaramándose sobre un tanque, pronuncia su primer discurso, impregnado ya de acción violenta. Es fulminante el éxito y comienza a extenderse su popularidad por toda Rusia. Domina aún el Gobierno Provisional, el príncipe Litvof ha dimisionado y Alejandro Kerensky—de elocuencia sutil e irresistible, pero flaco de energías y débil en su política; más académico que hombre de acción, a la inversa de Lenin—ocupa el poder, poder fantasmal pues en los soviets políticos de la oposición y del gobierno están atrincherados ya los bolcheviques. Un complot fracasa en el mes de Julio, las calles de Piter quedan cubiertas de sangre, pero Lenin no desmaya, lanza su obra "El Estado y la Revolución", que es un grito candente, y se apresta a un nuevo asalto.

Llega Noviembre. La hora es decisiva mas los hombres vacilan. Lenin impreca ayudado por Trotzky, que será el lugarteniente de toda su acción gubernativa, y fuerza el asalto. "Esperemos algunas semanas" piden algunos" "Ahora o nunca" grita Lenin y el alzamiento queda acordado. Parécenos, hoy, maravillosa la facilidad con que se produce el triunfo de los comunistas y el desastre de Kerensky: la razón está en el desconcierto del gobierno, en su debilidad manifiesta y en el propósito de continuar la guerra, que era ya—si no lo había sido siempre—total y aun violentamente impopular. Esos errores en momentos de crisis decisiva perdieron a Kerensky y con él a los socialistas de la derecha y a los

burgueses, sus aliados de aquella hora. El genio de Lenin presintió cuáles eran el punto flaco y el minuto decisivo. Jugó y ganó. He ahí el secreto de su triunfo (1).

Una vez en el poder, constituida la República Soviética de la cual pasa a ser jefe en su calidad de presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, comienza la obra destructiva.—Deshacer las bases del régimen zarista, nacionalizando las propiedades, las tierras, suprimiendo de hecho el comercio.—Es el período heroico del comunismo de guerra que comienza y, con él, una titánica lucha contra la reacción interior representada por los ejércitos de Kolchak, Denikine, Wrangel y demás agentes de las potencias aliadas, contra el bloqueo de éstas y contra el hambre, su inevitable consecuencia. La obra es inmensa, casi suprahumana, pero ahí están el pensamiento y las energías directivas de Lenin, secundado por el creador del ejército rojo. El milagro se realiza y Lenin, triunfante de la naturaleza y de los hombres, vé como al impulso de su voluntad el sueño se avecina a su realización. Mas he aquí que un enemigo inesperado sale al paso y amenaza con minar el edificio: la realidad. La realidad empujando imperiosamente al gobierno bolchevique a mantener intercambio con los

---

(1) Es preciso hacer notar un hecho sorprendente en la acción de Lenin. Cuando se realizó el asalto y toma del poder, los miembros del partido marxista revolucionario sumaban unas pocas centenas; ellas dirigieron las jornadas de Octubre, dominando a ciento cincuenta millones de hombres. Un milagro semejante, el milagro del genio que adivina y no vacila, no puede sino evocar a Colón desafiando el misterio del mar, en cuyo límite estaba el abismo forjado por los antiguos, o a Cortez quemando las naves que lo apartaban de la civilización, entregándolo con todos los aventureros heroicos de su banda a los azares de la conquista. Tales audacias dejan clavada su garra en los siglos.

otros pueblos europeos, sin lo cual el hambre seguiría como una amenaza permanente; esto por un lado, y, por otro, el conflicto con los campesinos que exigían el restablecimiento del comercio interior y de la propiedad—siquiera limitada, siquiera una sombra de propiedad con apariencia legal para ellos—¿Cómo luchar victoriosamente contra estos factores más poderosos que toda energía directiva? El genio de Lenin continúa previendo, es dúctil y sabe ceder. Nace entonces la nueva política económica que, según él, es un alto en el camino, un paso hacia atrás para adquirir fuerzas nuevas y seguir hasta la realización completa del ideal socialista, que es la supresión del Estado y el establecimiento de la sociedad internacional. "Retrocedemos", piensa Lenin, pero sólo para preparar el nuevo asalto, enseñando a la juventud que ha de actuar mañana. La revolución verdadera aun no ha sido hecha; la hará la juventud".

La lucha fué tremenda, acompañada del terror rojo que diezmó a la antigua aristocracia y a la burguesía y masacró a la familia imperial. Lenin no tuvo parte activa en el terror. Herido él mismo en un atentado, con esa herida comenzó su decadencia física. Los tiempos finales de su vida son dolorosos y su agonía se nos aparece como una larga tragedia. La sangre circula mal por el cerebro y éste va lentamente paralizándose: pierde el hábito de leer, desaparecen de su memoria las letras, parando en analfabeto quien fué en tan alto grado erudito y pensador; pierde después el uso de la palabra y es en vano que los médicos procuren poner remedio a ese derrumbamiento. Mas su voluntad ha de luchar hasta el

fin y con un enorme y último acopio de fuerzas intenta reemprender a leer; algunas letras logran grabarse de nuevo en las circunvoluciones cerebrales ya paralizadas, pero es estéril el esfuerzo: el resorte interior está roto y destruído para siempre el vaso que guardaba su genio.

La muerte de Lenin, en Enero de 1924, puso en relieve el amor que le tenía su pueblo. Su entierro fué una apoteosis consagratoria que hacía justa su calidad de fundador de una nueva filosofía con base de acción dinámica entre los hombres.

Son interesantísimos todos los aspectos de este conductor. Al juzgar, por ejemplo, su vida privada, aun sus propios enemigos debieron reconocer la sobriedad, la abnegación, el absoluto desprendimiento de vanidades o ambiciones personales que le caracterizaron. Pocas vidas más puras que la suya en el sentido moral; rica en valores no fué completa, porque no existe posibilidad de genio completo—el genio total es un absurdo.—Le faltó el dón del amor que es lo más bello en la predicación de Jesús, pero es menester recordar que Lenin no fué solo predicador en el sentido ético sino hombre de acción, alzador de multitudes en armas, caudillo que sabía sacrificar cuando era necesario, y muy a menudo lo fué, el idealismo de los altos sueños. Predicó la lucha de clases,—mal transitorio, pensaba—; ahí su primitiva fuerza política y ahí también su error, error porque su predicación partía de la base de que las condiciones del proletariado eran en todas partes semejantes a las que él estudió en Rusia, y la revolución mundial, que tam-

bién supuso equivocadamente en estado de madurez, podía, si faltaba a las masas cultura general y enérgica dirección superior—los lenines, ha dicho Zinovief, se producen cada cuatro o cinco siglos—hacer naufragar el acerbo de civilización, adquirido, en una crisis de tan incalculables proporciones que su estallido significaría un largo retroceso para la humanidad. La lucha de clases llevaba, por otra parte, involucrado el peligro de degenerar en violencias e injusticias extremas que provocarían reacciones retardatorias.

En lo positivo de Lenin, director de la mayor revolución verificada después del advenimiento del cristianismo, está la conquista de derechos para el proletariado, derechos al bienestar y a la felicidad *mínimas*, negados hasta 1917 por casi todas las legislaciones y tradiciones universalmente aceptadas, y que ya ninguna sociedad ni ningún gobierno que quieran mantener la paz social sin recurrir a la violencia de efecto transitorio, podrá desconocer. Están su legislación obrera, su política de protección y expansión de las cooperativas, sus reformas a la legislación familiar que modifican sustancial y humanamente las relaciones de la familia y la sociedad, que consagra la legalidad natural y humana del amor, sin las trabas monstruosas del mundo anterior y constituye a los hijos nacidos de mujer en una sola clase jurídicamente legítima. Y su inquebrantable adhesión al principio de la paz internacional como fundamento de la paz total en la humanidad.

Paréceme que su gesto de declarar guerra a la guerra horadará los tiempos, como su acción horadó el mundo

antiguo, dejando su nombre grabado para siempre junto al de los más grandes benefactores de la humanidad, lo que vale conceptuarlo como uno de sus genios mayores.

Sus doctrinas—la filosofía comunista—pueden ser discutibles desde diversos puntos de vista, mas no los hechos que quedan anotados a su nombre.

Todo esto y mucho aun, que algún día, quizá, escribiré con más reposo, atravesaba en síntesis mi alma, en la contemplación de su cuerpo. La fila estaba detenida por nosotros y la gente se aglomeraba en la puerta con lo que un oficial hubo de advertírnoslo. Y continuó la larga procesión de peregrinos emocionados.

ELECCION EN EL CLUB DE LOS SINDICATOS DE CONSUMO

LA vida interna de los sindicatos, de los clubs y de las fábricas se encuentra sometida a un control general que ejercen, teóricamente, todos y cada uno de sus miembros. En la práctica, aparte la ingerencia política del partido comunista, ese derecho está limitado por la formación de camarillas directivas a la cabeza de las cuales se colocan los más fuertes, los más inteligentes o los más audaces. Ello no es culpa del régimen soviético ni lo sería del zarista ni de ningún otro imaginable; es la naturaleza humana que reacciona de acuerdo con leyes fatales, y esas leyes no podrán sufrir modificación sino cuando la cultura de los hombres alcance un nivel que aparece todavía muy lejano de la civilización occidental en decadencia y de nuestro siglo. Es sólo posibilidad abierta hacia el futuro.

Se acusa al régimen sovietista de crear sus poderes por medio de selecciones de fuerza o de imposiciones electionarias. En ello hay notoria base de verdad. Puede en-

contrarse de una parte el espíritu de imposición peculiar a toda dictadura y, de otra, la aplicación de leyes sociológicas a las que sólo podrían escapar hombres o pueblos excesivamente cultos.

De la generación de los poderes públicos establecidos por la nueva tradición y por la carta fundamental de la U. R. S. S., aprobada por el Congreso Pan Ruso de los Soviets, he de ocuparme en otra parte. Sin embargo no está de más establecer aquí mi impresión: Creo que es un poder generado por selección impositiva en que triunfan, en primer término, los más inteligentes y aptos, en segundo los más audaces, dominados o encauzados ellos por una sumisión casi absoluta a la dirección del Partido Comunista y a sus acuerdos, que son ejecutados por los gobernantes, sin discusión después de sancionados. Naturalmente la coladera no es estrecha y junto a elementos de primer orden se filtran sujetos fanáticos, incapaces, y aun desequilibrados; el crimen político, el abuso de poder se hacen posibles aquí como en cualquier otro régimen dictatorial, pero me parece incuestionable que predomina una orientación generosa, dictada por altos ideales, una línea directiva inteligente y sostenida, afán filantrópico de servir a las masas y de favorecer sus intereses, con desmedro de los pequeños propietarios e industriales que, en regímenes de transición socialista, deberían contar con el apoyo condicional de los gobiernos, a fin de ir eliminando gradualmente los grandes capitales, con lo que se robustece la capa intermedia en que deberán fundirse, más tarde, las demás ca-

pas sociales. Creo que un gobierno socialista ha de tender a una nivelación social en las condiciones más altas y ventajosas (cultura, higiene, disciplina moral y social, máximums y mínimums económicos, refinamiento, etc) y esas condiciones pueden obtenerse mejor por una preparación inteligente, progresiva y enérgica.

En compañía de Illanes asistí, en el Club de los Sindicatos de Consumo, a la elección interna de directorio. Hora, la de espectáculos nocturnos. Local amplio, amueblado o mejor dicho desamueblado modestamente. Un presidente que nos acoge con efusión. Sobre pequeño escenario una mesa y una campanilla, aferrado a ésta un secretario y, en medio, el camarada que preside. Se renovaba el presidium del Club con lo que había movimiento inusitado. El camarada secretario, campanilla en mano, y el camarada presidente, acompañado de legajos, hicieron el elogio de los que salían y recomendaron a determinados candidatos. Algún asambleísta pedía también la palabra para el mismo fin. "Camaradas, decían el secretario o el presidente, el compañero tal tiene éstos y aquéllos méritos, ¿quién vota por él? (Todas las manos o casi todas se alzaban como movidas por resorte). Y así, a golpe de campanilla, con rápido recuento de manos alzadas iban eligiéndose o reeligiéndose los de la directiva. El grupo de oposición lanzó sus candidatos, haciendo algún obrero el elogio del postulante o, lo que aun es más fácil, censurando al adversario; mas, hecha la consulta, huelga de manos . . .

Terminadas las proclamaciones con los aplausos del caso, entretuvímonos en grata charla con muchos de aquellos excelentes muchachos, que parecían satisfechos de su jornada como de un acto cívico trascendental.

LA CAIDA DE TROTSKY

DESCENDEMOS por la Petrovka uliza, de retorno de una fábrica. Hay gentes que forman pequeños grupos y leen silenciosamente los periódicos, sin hacer comentarios; en los semblantes se nota cierta curiosidad teñida de indiferencia. ¿Qué ocurre? Los suplementeros corren voceando *A Prawda* "con la destitución de Trostky" Nos detenemos sorprendidos. Trostky, el brazo derecho de Lenin, el segundo soportal de la revolución comunista, el creador del ejército rojo, acaba de caer y sus antiguos gobernados se imponen de la noticia casi sin sorpresa, cual si el suceso, un suceso importante de seguro, hubiera tenido lugar en alguna república americana o en Australia. ¿Cómo explicarse el indiferentismo general? ¿Cansancio?, ¿miedo a la policía? Nadie parece sacar mayores consecuencias del hecho, tal si la permanencia o alejamiento del célebre caudillo no pudiese afectar la marcha del gobierno bolchevique.

Trostky ha caído, lisa y llanamente vencido en sus últimas trincheras, debilitado después de la fuerte

lucha interna en el décimo cuarto Congreso del partido comunista celebrado en Moscú en 1925. Desde su puesto de Presidente del Plan Económico pasa a la vida privada, cerrándose así, sin que se note síntoma alguno de alteración en el orden interno del país, una de las grandes etapas de la revolución rusa. Acaso asistimos a la clausura del período revolucionario de comunismo ortodoxo, pues parece afianzarse en forma sólida la corriente que sostiene la mantención de la nueva política económica establecida por Lenin en 1921.

Algo queda de relieve en este remezón que ha dado por tierra con Trostky y es la unidad maravillosa del partido comunista ruso, la energética disciplina con que sus miembros, como los adeptos de una nueva y potente religión, se someten a los acuerdos de la mayoría, y esa mayoría, soberana en el control gubernativo, parece no dejarse guiar ya por el magnetismo de la elocuencia o por el espíritu dogmático de los sacerdotes del comunismo ortodoxo, sino más bien por los resultados prácticos que ofrece la experiencia. En una palabra, predomina el buen sentido, que, acercando a los gobernantes al control de las realidades, sin el cual no hay éxito posible, los aparta del ideal. "El paraíso comunista se aleja, pensarán algunos; es una promesa a la distancia como las de las religiones humanas". "Mañana estaremos en situación de realizar totalmente nuestro programa ideológico" pensarán los jefes, más la verdad de mañana ¿subrayará las previsiones optimistas?

Los grupos insinuados se deshacen; por la gran arteria rueda el torrente policromo de la muchedumbre

entregada a sus preocupaciones, y la vida de la ciudad no ha variado un momento su ritmo habitual.

Sin embargo Trostky ha caído . . . .

León Trostky es una de las figuras políticas más interesantes de los tiempos modernos y ciertamente la segunda personalidad de la revolución rusa. Su vida entera, sus predicaciones, sus trabajos, conspiraciones, triunfos y caídas hacen de ella un poema revolucionario en metro épico. Pocas vidas, como la suya, han sido tan fecundas en audaces ambiciones ideológicas y en actividades sorprendentes. Cooperó en primer término a la destrucción del régimen zarista—sin dejar de reconocer que este cayó por su propio peso, como fruto putrefacto—y colaboró, en primer término también, y esta vez harto eficazmente, a la construcción del mundo bolchevique, construcción que, júzguesela buena o mala, marca el comienzo de una nueva época en la historia de la humanidad. Su organización del ejército rojo, creado sobre la base de una recia disciplina antes no imaginada, es sin duda su obra máxima, pues fué el instrumento que sirvió al partido comunista para vencer la contra-revolución y las actividades anti-bolcheviques de las potencias que intervinieron durante la guerra civil. En esas campañas la actividad militar de Trostky tuvo relieve napoleónico y es preciso tener en cuenta, para afirmarlo, que le fué necesario desplegar una inverosímil multiplicidad física y cerebral pues dirigió, por manera casi

simultánea, todos los frentes, marchando de uno a otro en los coches del zar . . .

Literato, artista, revolucionario, bohemio, conspirador eterno, polemista acre, secuaz forjado en fanatismo, talento clarividente de organizador, estadista no siempre dispuesto a ponerse en contacto con la realidad, su vida de acción y de lucha ininterrumpidas sólo cede en pujanza e interés a la de Lenin, junto a la cual fué la suya labor de colaboración fiel, supeditada a la del caudillo creador por las necesidades de la disciplina a la vez que por el reconocimiento de sus condiciones de jefe. Sólo con un concepto tan estricto del papel que la disciplina representa en una revolución podemos explicarnos la marcha victoriosa de ésta a través de los obstáculos más insubsanables en apariencia. Es caso único en la historia de la humanidad, pues si Alemania hubo de luchar contra el mundo entero, y fué vencida, el bolchevismo luchó contra el mundo entero también (el bloqueo, la intervención extranjera, el hambre) y contra gran parte de los habitantes de Rusia . . .

Trostky comenzó a actuar desde muy joven. Estos hombres nacieron épicamente a la vida de las luchas societarias, no tuvieron juventud, pasaron su existencia en pleno combatir, para darse cuenta, al final, como el profeta del Monte Sinaí, que ellos no entrarían a la tierra prometida. Ya en 1905—un voluminoso libro suyo recuerda la historia de esa campaña en que fué alma del movimiento revolucionario contra el zar—se fundaron los soviets y él se encontró a su cabeza, pero la revolución estaba condenada al fracaso, que no era llega-

do el momento y la historia debía dar aún algunas vueltas, ¡más cuán rápidas! Después de la derrota, el exilio, la muerte y Siberia para muchos, y ya en el extranjero—Zuiza, Francia, España—nuevamente a trabajar. Al estallar, años más tarde, la guerra europea Lenin, comprendiendo que era el comienzo del fin, batió palmas alborozado; también Trostky batió palmas. Vino la carnicería horrenda y tras la carnicería la alborada roja.

En Rusia la odisea nacional se desenvolvió en forma fatídica, precisa, como si cada error hubiese sido científicamente calculado. Después de los efímeros triunfos en el frente austriaco, con que se iniciara la guerra, vino la larga e ininterrumpida serie de desastres ¿Causas?: Incapacidad en la dirección política y técnica, falta de organización y de material en los transportes, en la fabricación de elementos bélicos, en todo; intrigas de los gobiernos aliados para los cuales ninguna importancia tenía, por entonces, la tragedia rusa en germinación; intrigas de los agentes alemanes que buscaban una paz separada. Con claridad lo muestra Paleologue en su *Russie des Tzars*—la resistencia que pudiera oponer Rusia a Alemania debía prolongarse algún tiempo más, el necesario para vencer ellos— Y también las intrigas de la corte, Rasputín y Protopopoff. Si Nicolás II hubiese escuchado al conde White, fallecido en 1915, los acontecimientos acaso hubiesen variado de rumbo. En Marzo de 1917 las dificultades cada vez mayores de la vida, la insuficiencia de la alimentación, que era como el fantasma del hambre futuro, coronaron la obra autodemoledora de los dirigentes zaristas y el imperio cayó

como castillo de naipes. Esclamaron algunos: ¿Era posible que el edificio autocrático descansase sobre cimientos tan febles?". Abdicó el zar, abdicó el gran duque Miguel (último error del zarismo en agonía) y adivinó Kerensky, ese curioso dictador de verano que durante algunos meses, embriagado en las imágenes de su ideología social-revolucionaria y en el prestigio de su propia elocuencia, coadyuvó sin saberlo al triunfo de Lenin y su partido. Kerensky era soñador, filósofo de tribuna, mas no filósofo doblado de estadista como Wladimiro Ulianov. A quienes pretenden totalmente vivir fuera de la realidad les está negado el éxito; Kerensky dejó crecer el partido bolcheviquista, creyó dominarlo sin advertir que él mismo se enredaba en los tentáculos de aquél, no supo cuándo ni de qué modo había perdido su popularidad—destino de casi todos los contemporizadores, frente al choque de fuerzas violentamente contrarias—y despertó de sus sueños viendo como sus ejércitos se desvanecían entre los dedos de su mano. El obtener tales resultados había sido la obra de Lenin y de los comunistas.

Regresados los dos principales caudillos marxistas a Rusia tan pronto como se derrumbó el zarismo, no cesaron de laborar en la preparación del golpe de estado que habría de entregar el poder a su partido,— "Todo el poder a los Soviets".— Acción constante en los mitines, en la prensa, en las reuniones secretas o públicas: era una conspiración a gritos, una presión revolucionaria que iba ganando a las masas como una marea ascendente. Cuando creyó llegado el momento Lenin dió la voz de avance. Muchos de sus compañeros vacilaban, pero Lenin supo

afirmar sus posiciones: "Ahora o nunca!". Trostky le brindó su apoyo apasionado, violento, decisivo, y la voluntad del jefe arrolló las voluntades de los otros. Total: la Revolución de Octubre.

Después del golpe de estado fué aún mayor la sorpresa de los "observadores". Si el zarismo había caído como castillo de naipes, el kerenskismo se deshacía como juguete de cera al que se arrimase una tea. El procedimiento revolucionario fué asaz inteligente y en él se había empleado una táctica nueva.

Obtenido el triunfo era menester afianzarlo y ahí de la labor tremenda de Lenin, Trostky, Lunacharsky, Chicherin . . . Lenin influencia las reuniones del partido, las conferencias, los congresos, y marca directivas; Chicherin da rumbos a las relaciones exteriores; Lunacharsky defiende el arte del pasado y organiza la instrucción soviética; Trostky se encarga del capítulo fundamental: la defensa externa de la Revolución (ya se encargaría de la defensa interna esa tenebrosa Comisión Extraordinaria, creadora del terrorismo rojo).

Trostky debía realizar el primer milagro: fundar el Ejército Rojo. De los restos desmoralizados y deshechos del ejército zarista, levantó los tercios comunistas, ayudado del fervor revolucionario de las masas, del fanatismo contagioso y de la noble sed de libertad y de justicia social de todo un pueblo. Restablecida la disciplina, con voluntad férrea, quedaba por hacer el segundo milagro: triunfar de la intervención extranjera que había favorecido, en el interior, el estallido de la guerra civil (un poco tarde para sus intereses, es verdad).

Y esa lucha sostenida por los revolucionarios—cerebro y brazo en acción—debió complicarse con el hambre, provocado monstruosamente por el egoísmo de las potencias europeas. Creo que cuando se haga el balance de todo lo realizado, en circunstancias tan difíciles, se podrán medir exactamente las enormes fuerzas espirituales que desató la revolución rusa, y en qué forma ellas reaccionaron sobre la dormida conciencia de las masas.

Trostky ha caído. Su tenacidad en mantener los puntos de vista ideológicos en que empapó su acción revolucionaria, la inevitable ingerencia de los nuevos jefes bolcheviques con puntos de vista propios y seguramente más lógicos—porque unas han de ser las condiciones necesarias durante la batalla (Clemenceau para Francia en la guerra europea) y otras las que se han menester para la reconstrucción (Lenin las tuvo en ambas faces; ahi de su genio)—lo empujaron lentamente fuera del poder, colocándolo a la cabeza de la oposición y, vencida ésta en manera decisiva, por lo menos en apariencia, fuera de toda actividad pública de alguna importancia. (1). Ello me hace, también, pensar en la irreprimible antipatía física que se desprende de sus retratos, ahondada, según afirman testigos que le han tratado de cerca, por el desdén que le merecen sus adversarios, aun los más ilustres, aun sus mismos colegas y hasta sus propios partidarios; ese desdén de las vidas age-

(1) Algunos meses más tarde el gobierno bolchevique confinó a Trostky en una ciudad de provincia, juntamente con sus compañeros de oposición que lo fueron a diferentes lugares de la U. R. S. S.

nas, esa mordacidad, esa acritud se compensan con las altas calidades de su talento, sus virtudes espirituales, su fuerza casi genial, o genial, que le señalan ante la historia como uno de los mayores caudillos de la era revolucionaria.

UNA SESION PLENARIA EN EL SOVIET DE LENINGRADO

HENOS ante la imponente y sobria fachada del Palacio de Tauride, tras de cuya verja se advierte multitud de curiosos. Por las ventanas que dejan escapar oleadas de luz adivínase el interior movimiento, que esta tarde es considerable pues el Soviet de la segunda ciudad de la Unión se reune en sesión plenaria.

El palacio que habitara el conde Potemkin, construído en el siglo XVIII por Catalina II en obsequio del favorito que durante más largo tiempo ocupó su corazón y el poder, ha sido teatro de muchos de los más trascendentales acontecimientos de la historia rusa. Allí celebraba sus sesiones la Duma del Imperio, concedida por Nicolás a sus súbditos después de la revolución de 1905, o arrancada, mejor dicho, por éstos, como medida de contemporización que provocara acres censuras a muchos consejeros de la autocracia. Allí el Emperador se presentó una vez—golpe teatral en plena guerra—para asistir a una ceremonia religiosa, en días en que los di-

putados de oposición hacían en la Duma mayor resistencia pasiva. Impresionados los parlamentarios le rindieron homenaje, quebrándose con ello la oposición. Allí se constituyó el Gobierno Provisorio el 11 de Marzo de 1917, cuando los ministros del zar, prisioneros en el palacio María, eran ya impotentes para detener el derrumbe de la dinastía. En esa su sala de sesiones se escuchó en tiempos la elocuencia cristalina del conde White, acaso el único político zarista que tuvo visión clara del porvenir; desde la misma tribuna las arengas de Kerensky le valieron el poder. Allí precisamente se reunió el Soviet en sus primeras sesiones públicas y, también bajo sus arcadas, en el recinto parlamentario que vió la agonía y el entierro de un régimen, congregóse en sesión inaugural la Asamblea Constituyente, convocada y disuelta por Lenin; asamblea en que los comunistas no alcanzaron mayoría, y que, a pesar de ello, aprobó en la única sesión que celebrara medidas tan avanzadas como la supresión de la propiedad privada y la nacionalización de las industrias y medios de producción.

Cruzamos la verja entre un grupo de obreros que charlan animadamente y no sin dificultad penetramos al amplio hall señorial, custodiado por guardias rojos. Un capitán nos conduce cortesmente hasta la sala de sesiones. En ella, desde lo alto del hemiciclo que antaño ocuparan los diputados y en que hoy se sientan los miembros del Soviet y de las corporaciones proletarias, se domina un espectáculo animadísimo: las tribunas plenas de público, el salón desbordante de obreros y soldados, mas no de campesinos, que los hay en muy corto núme-

ro. Los asambleístas ocupan los sillones y aun los escritorios y pasillos no obstruídos por la concurrencia. En el presidium, hasta el cual somos invitados a pasar, está sentado un grupo de miembros del Soviet leningradense, rodeando al presidente local que dirige los debates.

Se ofrece la palabra a Chicherin, Comisario de Relaciones Exteriores. El canciller rojo—hombre pequeño, vestido de negro,—su barbilla amefistofelada me recuerda a don Jacinto Benavente—escala la tribuna, acogido por prolongada salva de aplausos. Cuando cesan las aclamaciones el compañero Chicherin, que ha sido príncipe por su familia de auténtica raigambre aristocrática, comienza su disertación con voz clara, que carece de arranques oratorios pero que sabe construir frases concisas y bien cortadas. Hace una exposición de las actividades exteriores de Rusia en el año que va a terminar, con lo que despierta su discurso enorme interés. Dice cómo las relaciones de la Unión Soviética y las potencias capitalistas tienden a mejorarse, aun cuando con Inglaterra haya creciente discrepancia. "El Gobierno Británico desea que se suprima toda propaganda soviética, de acuerdo con los tratados en vigencia, pero nosotros sólo podemos concretarnos a no hacer propaganda oficial; es imposible pedir a los comunistas rusos que la hagan privadamente ya que sería absurdo obligarnos a forzar las conciencias individuales" (Grandes aplausos). Las relaciones con Italia se mantienen en pie de cordialidad y tienden a mejorar aun más: "Italia necesita de nosotros para que le sirvamos de contrapeso en sus relaciones con Francia e Inglaterra". En cuanto a Estados Unidos au-

mentan las probabilidades de que reconozca al Soviet: "es natural, ellos tienen algodón en exceso y nuestra importación algodonera tiende a aumentar por manera considerable" (Risas) (1). Pasan en revista la situación de Polonia y la que en el Extremo Oriente se perfila con el avance del partido nacionalista de China. No todos los asuntos marchan bien pero las posibilidades que esboza el futuro para la política soviética son alentadores. Su discurso, muy largo, muy nutrido, dicho con aparente frialdad de hombre de gabinete, va exaltando gradualmente el interés del auditorio y cuando termina atruena la sala una aclamación formidable. Los asistentes mueven sus sombreros, gritan y es en balde que el presidente agite la campanilla para imponer silencio. Acalmado un poco el entusiasmo, la mesa del Soviet le pide que continúe su política de defensa contra el imperialismo y lo saluda en nombre de la asamblea. Esta ratifica a la mesa renovando con intensidad mayor aun las mani-

---

(1) De paso cabe anotar, a propósito de Estados Unidos, una observación muy afinada de Trotsky, publicada en *Pravda*, de Febrero de 1926: "La forma social de nuestra industria es incomparablemente más elevada que la de los Estados Unidos. Allí, loca explotación capitalista y terrible desigualdad de clases, [esto, exceptuando a la casta capitalista reducida, es en parte más aparente que real] aquí un sistema de industria que abre la perspectiva de una completa igualdad de condiciones de vida para todos. Pero América posee dentro de la armazón de su forma capitalista, la más perfecta de las técnicas; mientras que nuestro sistema socialista, sujeto aun a muchos cambios y transiciones, no posee sino una técnica muy elemental. Y es este hecho el que debemos tener en cuenta constantemente, no para sumirnos en la desesperación sino para redoblar nuestros esfuerzos en la lucha por la técnica y la cultura... La técnica americana, asociada al régimen social de los soviets no nos dará solamente el socialismo: nos dará el comunismo o nos acercará por lo menos hacia condiciones de vida en las que cada uno trabajará según sus aptitudes y recibirá según sus necesidades".

festaciones en honor de Chicherin, quien saluda, pasando a tomar asiento en el presidium.

Durante su oración, según costumbre, diversas personas de la asamblea se levantan de su sitio y van a dejar al estrado papeles que el orador recoge y trasmite a la mesa o conserva él mismo, en los que se hacen preguntas; es una suerte de interpelación escrita a la que se responde voluntariamente. Chicherin ocupa de nuevo la tribuna, después de algunos minutos, para aclarar determinados puntos de su programa.

Intervalo. Los asistentes comienzan a retirarse. En una de las filas delanteras se alza un señor de fisonomía cansina y bondadosa, fisonomía de hombre de ciencia trabajado por duros contrastes de la suerte. Derschavin me lo presenta. Es Nicolás Morosof, el famoso director del Observatorio de Leningrado que permaneció veinticinco años en la fortaleza de Pedro y Pablo, bajo el zarismo. Charlamos en francés de asuntos científicos, en los que no puedo pretender plaza de entendido. La campanilla que llama a los diputados y asambleístas nos separa: Adios señor Morosof, quizá no volvamos a vernos pero yo, que estoy espiritualmente al lado de los perseguidos por ideales, no puedo por menos de ofrendarle toda mi cordial simpatía.

Se reanuda la sesión y como Chicherin ya no está en la sala se encuentra reducida ésta en buena parte de su concurrencia: vense obreros, soldados, algunas mujeres en el hemiciclo semi vacío ya.

Kamarof, presidente, pone en votación el presupues-

to local, suscitándose animado debate a propósito de la Sección de Economía. Varios obreros piden la palabra a un tiempo; un hombre, todo bigotes, ocupa la tribuna desatándose en acusaciones contra el presidente de la sección mencionada, acusaciones que por el lenguaje pintoresco del orador provocan hilaridad. Levántase de su sitio el camarada aludido para mirar al interpelante por encima de la mesa, entre risueño y molesto. "El camarada presidente de la Economía, dice el orador, es gran burócrata y no se deja ver de los obreros a quienes obliga a hacer antesala como si fuera un príncipe". Este vocablo de burócrata en la Rusia Soviética, en que fatalmente, se ha desarrollado en exceso el burocratismo, suena como si se dijera "burgués". Los obreros rusos tienen horror a ciertos términos, pero ¿y a las funciones a que corresponden los términos?

El debate se torna monótono. Da lectura el Secretario a listas interminables, sucediéndose diversos oradores en la tribuna. Asambleistas y dirigentes empiezan a bostezar.

LUNACHARSKY, BEDENSKY Y LA INMORTALIDAD DEL ALMA

LA Filarmónica de Leningrado abrió sus puertas, cierta noche, para una reunión de grande interés. En el salón de actos se habia congregado a presenciar un debate sobre la inmortalidad del alma entre Lunacharsky y Bedensky, jefe de la iglesia "viviente", una concurrencia no inferior a tres mil personas que se agitaba expansiva y manifestadora. Esa concurrencia siguió el debate en atmósfera de silencioso respeto, que ponía en relieve el vivo interés con que se escuchaban las alegaciones de las partes.

En el estrado se sentó Lunacharsky, Comisario del Pueblo en el departamento de Instrucción de la Federación de Repúblicas Socialistas Sovietistas Rusas, a la izquierda del camarada presidente que lo era un obrero de mediana edad, y a su derecha el obispo Bedensky.

Lunacharsky, hombre de estatura regular, más bien

gordo, viste como burgués que no tiene tiempo de preocuparse de exterioridades; asaz simpática, su fisonomía se vé iluminada por sonrisa acogedora, sonrisa que pareciera reflejar la espiritualidad y la plenitud que rebosa su labor educativa.

Bedensky, hombre magro, enjuto, de fisonomía poco simpática, con nariz exageradamente encorvada, como de ave de presa, luce elegante y atildado traje talar, cruzado en el pecho por un crucifijo y medallón de oro que están atados al cuello por recia cadena. Este Bedensky es el propulsor de la fundación de una iglesia ortodoxa comunista, idea que pretende imbuir a los dirigentes soviéticos, a pesar de la hostilidad pasiva, exenta de agresividad, que éstos manifiestan por todos los cultos, excepción hecha del de Lenin. Derschavin me dijo que su política es tan audaz como inteligente. Con fino tacto diplomático procura insinuarse al Soviet; es un reformador que tiene en sus procedimientos toda la habilidad de los jesuitas, y desde luego ha dado un paso en la vía revolucionaria haciendo derribar la melena a los popes que siguen sus aguas. No logra despertar la simpatía de los observadores pero puede advertirse en él, a la primera ojeada, el brillo metálico de una inteligencia nada común.

El camarada presidente declaró abierta la sesión, ofreciendo la palabra al camarada Anatolio Lunacharsky, quien, poniéndose de pie, tras los aplausos de rigor comenzó a hablar reposadamente, con voz natural que se elevaba a un tono medio sin ningún esfuerzo; su lenguaje parecióme simple y exento de artificios literarios,

procurando, quizá, tocar más a lo hondo con la fuerza de su propia sencillez. Mis amigos Derschavin tuvieron la gentileza de traducirme el discurso casi palabra a palabra.

Citando autoridades científicas y barajando, discretamente, nombres ilustres en la ciencia y en la investigación hizo el elogio del materialismo puro. La vida es lo actual, ¿a qué buscar nada, más allá? Los hombres pasan y sus vidas se esterilizan en largo esfuerzo, en enorme ansia de eternizarse. Ese esfuerzo es reflejado desde lo hondo de los tiempos por todas las religiones y fundadores de nuevos credos. Se abre paso en los cultos primitivos, en los adoradores del sol y de las fuerzas de la naturaleza; florece en el culto helénico y, más tarde, entre los romanos, creadores de una filosofía amable, plena de comprensión humana, que acogía todas las ideas—¿no destinaron un altar para el dios desconocido, el dios que vendría de un pueblo aun no conquistado?—Hábil comprensión del ansia secreta que alimenta las almas cuando no las consume en infecundo ardor. Lunacharsky dióse a perseguir esa línea general de las doctrinas religiosas a través del catolicismo, en su génesis y en su historia. Debemos combatir, dijo esa ansia de perpetuarse, ese afán de eternidad explotado inteligentemente por las religiones. El paraíso no está más allá de los hombres y de la vida; es vano todo esfuerzo por encontrarlo fuera de las posibilidades humanas y de la existencia material de los hombres; en la tierra solamente debemos buscarlo y allí ansía establecerlo el comunismo cuando sus doctrinas hayan triunfado definitivamente.

El hombre debe trabajar con desinterés en beneficio de las generaciones futuras que representan la sola inmortalidad a que puede aspirar. En sus hijos y en sus nietos y aún en sus descendientes más lejanos habrá de perpetuarse; trabajar por ellos, procurar que la vida les sea más ligera y más grata, que pueda desenvolverse en atmósfera plena de justicia y de belleza nuevas, he ahí el alto ideal que debe orientar la marcha de los hombres. El comunismo ofrece el paraíso pequeño pero cierto de la vida diaria, organizada científicamente para beneficio de todos los hombres y ese ideal está contemplado en sus doctrinas

El Comisario de Instrucción hablaba con serenidad, sus ideas iban abiertamente en contra no sólo del cristianismo sino de toda idea religiosa que se base en la inmortalidad del alma, pero no se acompañaban de violencia oratoria ni de ninguna descortesía. Bedensky que se batiría de igual manera en este duelo oratorio a guante blanco, escuchaba a su interlocutor con aparente indiferencia, pareciendo a ratos que su pensamiento estuviera distante y que las palabras allí pronunciadas le fueran del todo extrañas; sus ojos se habían diluído en el vacío y su diestra jugaba, negligente, con el crucifijo de su pecho.

"Es hora ya que los pájaros de la noche cedan el campo a los pájaros del sol". Estas palabras finales de Lunacharsky arrancaron a la concurrencia calurosa ovación. El orador, al tornar a su sitio, sonreía, y sus adversarios, discretos, guardaban silencio.

Se ofreció la palabra a Bedensky y éste, como vol-

viendo a la realidad desde muy lejos, avanzó en el estrado en medio de los aplausos de sus adeptos, que formaban cuando menos la mitad del auditorio. El nuevo orador impuso la mano y al extinguirse el eco de las últimas palmadas rompió el silencio, hablando lentamente.

"El distinguido camarada Anatolio Lunacharsky, cuya elocuencia admiro, ha dicho que los pájaros de la noche deben ceder el paso a los pájaros del sol. Estamos sin embargo en la noche, rodeados por tinieblas espesas, y en vano en nombre del materialismo se esfuerzan los hombres por ahuyentarlas. En medio de la noche una luz brilla, una sola luz, y de ella he venido a hablaros".

El ansia de supervivencia innato en el hombre, su aspiración infinita a la eternidad, ¿ no es la mayor prueba de que algo hay más allá de esta vida terrena, miserable? A labios del orador acudían no citas del Evangelio ni nombres de predicadores o santos, sino de materialistas, de sabios, de químicos, de filósofos: Voltaire, Renan, Darwin, Mme. Curie, Einstein. Todos ellos le proporcionaban argumentos.

Su elocuencia, insinuándose a los oyentes, triunfó de ellos y acabó subyugándolos. Artista de voz cálida, que sabía trasmitir la nota emocional, brillaba en sus palabras la unción mística y en sus ademanes exquisito buen gusto.

De pronto un incidente inesperado conmovió y aún revolucionó al auditorio. Según costumbre cualquiera de los asambleístas podía hacer preguntas por medio de papeles escritos a lapiz o a pluma que hiciera llegar al presidium—durante el discurso de Bedensky, Lunachars-

ky se entretuvo en la lectura de algunos recogidos por él o en consultar su reloj.—Un obrero abandonó su asiento de segunda fila, a pocos pasos de nosotros, y, avanzando hasta el orador entrególe cierto papel que había escrito apoyado en la espalda de algún vecino. Bedensky lo tomó, se impuso de él, y anunció que iba a terminar su oración a pedido de un camarada, y sin que ningún músculo de su rostro se alterara leyó en voz alta la solicitud: "Camarada Bedensky, basta de majaderías. Exijo que cese inmediatamente en el uso de la palabra" Una tempestad de protestas, entre los simpatizantes, conquistó a su favor nuevos aplausos.

Restablecido el silencio Bedensky pudo concluir su disertación con argumentos que iban a golpear en las almas que creen, en aquellas que sienten la necesidad de creer y aun en aquellas otras en que vagamente se perfila la posibilidad de una vida ultraterrena.

El camarada presidente dió de nuevo la palabra a Lunacharsky, quien anunció rebatiría a su ilustrado adversario cuya elocuencia no podía por menos de despertar el interés de la sala. Lunacharsky quiso esgrimir como efecto final una figura literaria que impresionase a sus oyentes. La muerte, expresó, es una servidora de la vida. Su misión consiste en despejar el camino de las generaciones nuevas y su escoba sabe barrer los prejuicios. La muerte es el término natural de las cosas y debemos verla llegar sin terror, ciertos de que nos prolongaremos en los hombres que habrán de sucedernos.

Al comisario, que debía retirarse para tomar el tren nocturno a Moscú, reemplazó de nuevo el obispo y de

nuevo su elocuencia, más artificiosa pero no menos inteligente que la de Lunacharsky, conmovió al público. Tenía la ventaja de ser el último en hablar y supo aprovecharla diestramente.

El debate me pareció más académico que positivo y aun cuando los adversarios se batieron vigorosamente, con brillo de la serena dialéctica del uno y del dón de persuación, con toques de misticismo y recursos de actor, puestos en juego por el otro, el tema hubo de sobrepasar la potencia intelectual de ambos oradores. Allí donde tantos genios se han quebrado estérilmente la cabeza, ¿qué se podría decir de nuevo? Hamlet definió el problema hace varios siglos: La muerte—ha dicho el príncipe en quien la locura fué sólo incentivo de una maravillosa intuición—es un país del cual ningún viajero ha vuelto.

EL ENTIERRO DE KRASSIN

HACE un frío de los diablos. Bajo el sol, que cae sobre la ciudad como una ironía luminosa, se han helado las fuentes de las plazas, los lagos diminutos de los jardines y hasta los chorros en las piletas. Sin embargo, como se cuenta del entierro de Lenin que fué la más grande demostración de duelo público que recuerda la historia rusa, en el de hoy, aun cuando en menor escala ciertamente, todo el mundo se ha lanzado a las calles cubiertas de banderas rojas con orla de crespón negro. Hay profusión de pieles en hombres y mujeres y las multitudes se apretan, como para guarecerse del frío que paraliza hasta la sangre en las venas. Caminamos con paso rápido a tomar colocación en una plaza. Todo a nuestro alrededor es una movible mancha negra y se advierte gente trepada en los árboles, en los balcones, amontonada aún en los techos de las casas. Una ola humana que amenaza arrollarnos anuncia la llegada del cortejo y el silencio, subrayado por los ruidos de la marcha, se torna impresionante. Avanzan a la cabeza soldados rojos y batidores a caballo, y en medio de las masas se destaca el

carro construído expresamente para la ceremonia de hoy: alta armazón de madera cubierta de trapos negros, banderas rojas y coronas de flores sobre las cuales, como remate de esta apoteósis fúnebre, descansa, amortajada en los colores comunistas, la pequeña urna de bronce que guarda las cenizas de Leonidas Krassin. A su paso se inclinaban las cabezas descubiertas, con ese respeto religioso que acuerdan los rusos a la muerte en gloria del pueblo, recorridas las venas por la corriente eléctrica que crean las grandes demostraciones públicas o los impresionantes aparatos escénicos, porque el de este entierro, como en el de cualquier otro grande hombre nacional en otro pueblo, lo es y en alto grado. Tras la carroza marcha el gobierno a pie, escoltado por tropa, y en seguida las sociedades, los gremios, las instituciones con sus estandartes enlutados o llevando grandes letreros escritos en elogio del muerto. El desfile tenía en el silencio una majestad imponderable. Decenas y decenas de miles de hombres se sucedían en orden, y era un mar humano surcado por una flota de estandartes que navegaban como barcos rojos. Tras las agrupaciones oficiales o societarias las masas anónimas, no menos recogidas, se amontonaban en pos de los regimientos. Tal era el gentío, que vi correr a una mujer con el pelo suelto, abriéndose paso a fuerza de súplicas y llamando a su hijo perdido; los hombres se apartaban, atentos, y surgían frases de esperanza. Cogimos nosotros camino más corto y, cruzando calles, dejamos atrás una laguna en que un grupo de chicos patinaba dando gritos de alegría. En la Plaza Roja, en donde pudimos acomodarnos en el recinto oficial, se domi-

naba un espectáculo fantástico. La multitud negreando en todas las bocas calles, contenida por los cordones de la policía y, en el inmenso recinto que limitan la Catedral de San Basilio y la mole gris del Kremlin con el mausoleo de Lenin, las tropas del ejército rojo, envueltas en sus abrigos que caen hasta el suelo y tocadas las cabezas por gorras de piel, se hallaban alineadas abriendo cuadro. Delante del mausoleo leniniano aguardaba el cuerpo diplomático extranjero, y allí se situó, luego, el gobierno representado por el Presidium central y todos los miembros del Consejo de Comisarios. El cortejo hizo su entrada bajo el mar de banderas y al compás de las marchas fúnebres se bajó la urna. Ante ella una sencilla ceremonia tuvo lugar. Subieron sobre la tribuna, preparada para los discursos, Kalinin, presidente de la Unión Soviética antiguo campesino alto y huesudo; un Comisario del Pueblo, y Stalin, Secretario General del Partido Comunista, individuo energético, macizo, con amplia frente a la que da sombra sobre los ojos imperiosos la revuelta cabellera. Todos hablaron breve y en conceptos que sentíamos plenos de vibración interior pusieron de relieve la figura del camarada muerto en el frente de combate, del leader que respondió al llamado de las listas rojas en la hora de la lucha, y respondió llegada la hora de reconstruír y a esta última lista respondía aún en la emoción de las multitudes. Llevaron, después, la urna los miembros del Presidium, hasta colocarla a espaldas de la tumba de Lenin, y ante ella y el gobierno desfilaron los soldados rojos y las instituciones en marcha apretada, sobre la cual el crepúsculo iba arrojando su velo obscuro.